

CRÓNICAS DE MARCOS



CRÓNICAS DE MARCOS

por Marcos Pagés

Estas páginas recogen las vivencias personales de mis primeros días tras la activación de un implante coclear.

Es un recorrido íntimo y sincero por el impacto de volver a oír: las dificultades, los avances, los sonidos redescubiertos y la esperanza de un nuevo comienzo.

Más que un simple diario, estas crónicas son un testimonio de cómo la perseverancia, la fe y el acompañamiento de la familia y los amigos hacen posible atravesar un proceso lleno de retos y descubrimientos.

Un viaje de silencio a sonido, contado en primera persona.

24 julio – 9 agosto 2017

CRÓNICAS DE MARCOS

24 julio

Esta mañana he ido al Hospital de Sant Pau para que me activasen el implante. Hemos estado 6 horas y ha sido durillo.

Cuando ha llegado el momento de activar el implante, te entra un pequeño bajón, aunque iba bastante mentalizado: el cambio es muy brusco. De repente empiezas a escuchar tres cosas sin parar: tu cabeza se convierte en una caja de grillos, las voces suenan como si estuvieras bajo el agua y las paredes de la piscina fueran de metal, y de fondo no dejas de oír como un ventilador a todo trapo.

Además, para la primera programación del implante estás como una hora en la que te van poniendo muchísimos sonidos y la cabeza te retumba, a la vez que sientes mareo de tanto caos.

En ese momento procuras pensar que todos los que se implantan consiguen salir adelante e intentas tranquilizarte diciéndote que al final todo saldrá bien. No es fácil. Poco a poco uno se va calmando y se hace a la idea de que queda un largo camino.

Ya por la tarde tenía mi primera sesión con la logopeda particular: ha sido todo un acierto. Un grandísimo acierto.

Me ha contado muchísimas cosas: del segundo implante, de cómo se aprende a oír, del proceso, de otras experiencias de personas, de cómo funciona el propio implante.

Hemos probado todos los sonidos del habla y los oigo todos: la s, la j, la m, la k... ¡todos! Eso es impresionante, porque en mi vida había oído una "s". Siempre he sabido que estaban ahí, pero nunca las había escuchado.

Lo complicado ahora es irlos distinguiendo, pero voy por buen camino. De hecho, no distingues prácticamente nada, pero eso ya es ir por buen camino.

Luego la logopeda le ha mandado un mensaje a mi madre diciéndole que tengo mucho potencial y que ganaré mucho. Subidón.

Ahora no distingo bien la voz de una mujer de la de un hombre. Si escucho al Papá y a la Mamá me parecen casi iguales (aunque sabes quién es cada uno por lo que dicen, claro). Pero me ha explicado que es supernormal: primero no los distingo, luego aprenderé a diferenciar los tonos de un hombre y una mujer, luego entre mujeres, luego entre hombres, etc.

Ayuda muchísimo porque me iba adelantando todo lo que oía y cómo lo oía: “ahora es como si tuvieras una caja de grillos en la cabeza, pero es normal, no te preocupes”. Esa frase ha sido genial, porque era literalmente lo que llevaba pensando todo el rato.

Luego hemos estado trabajando y haciendo ejercicios. Tenemos una libreta y vamos apuntando grupos de palabras. Hemos trabajado los días de la semana y los nombres de la familia (Marta, José María, Mónica, Ignacio, Pablo, Carlos, Alberto, José y Toni). Hacíamos grupos y se tapaba la boca y yo iba adivinando: muy contento porque he adivinado el 98% por lo menos.

También ha leído una historia y yo iba siguiendo la lectura y la he seguido entera. Es muy gracioso, porque estoy superorgulloso de haber seguido la historia entera sin perderme, y es como de niño pequeño. Pero realmente es lo que es: aprender a oír igual que un niño aprende desde cero.

Es una pasada porque oigo TODO: el pitido de la nevera, la Nespresso la oigo desde metros (y no entiendo cómo no os pegáis un tiro con el ruido que hace), el interfono, un papel que se arruga, un mosquito de lejos, el agua que se sirve en un vaso, etc. No distingo todo esto todavía, pero sé que suenan y me parece impresionante. No creo que la sensación sea muy diferente a la de un ciego que de repente empieza a ver o un cojo que empieza a andar. Parece raro porque desde fuera puede parecer que sí oía, pero realmente oía muy poco. Y poder escuchar tantas cosas, aun sin distinguirlas, es algo maravilloso.

Queda mucho y han sido muchas impresiones. Ayuda mucho la confianza que tiene Marta en mí, y ver a mi hermano Toni tan normal. Y en unas semanas a la par con mi hermano José. Habrá días muy malos, seguro, pero hoy ha sido genial.

25 julio

Hoy ha sido un día duro, pero con final feliz. Se nota el llevar todo el día el implante y la sonoridad del trabajo.

Entre que suena el teléfono, los teclados, la gente hablando unos con otros, el aire acondicionado... y volver al trabajo después de vacaciones, claro.

Hay cosas chulas también: soy capaz de oír la ruedecita del ratón, el teclado, que hablan desde lejos, etc. No lo descubro al momento, pero sí bastante rápido y eso son pequeños inputs que me van animando.

Son muchas horas en el trabajo oyendo sin parar y se nota. Es fácil desanimarse por momentos, pero entonces me focalizo en identificar algún sonido para autoanimarme. He entendido muy claramente por qué lo realmente importante para ser candidato a implante es tener una alta motivación y estar dispuesto a ello. Es básico.

Desanima no saber cuándo podrás entender y distinguir, porque no existen plazos fijos de aprendizaje (y me he leído un estudio de 18 páginas para confirmarlo). Así que gran parte del día ha sido una lucha interna, superada, eso sí.

He salido tarde y ya directo a la logopeda a las 20:00 h. Me veía cansado y sin ganas, porque al final lo que quería realmente era apagar el implante, disfrutar del silencio e irme a dormir. Pero he ido, que era lo importante.

Ha sido bonito que al llegar me he dado cuenta de que la logopeda tiene la consulta en una esquina prácticamente al lado de la casa de la Coca (mi bisabuela, de Campillos -Málaga-, a la que tenemos mucho cariño): hacía muchos años que no veía su ventana y eso me ha hecho ilusión y me ha animado.

Se confirma el dato del lunes: todo un acierto la logopeda. Trabajamos parte de lo del lunes, pero esta vez con algunas frases y con listas más largas de palabras: ¡y lo hice genial!

Me ha animado muchísimo que me contó que ahora mismo, con solo dos sesiones ya estoy al nivel que algunas personas tardan entre uno y dos meses en conseguir. Como no sé qué es lo normal, a veces pien-

so que voy muy lento y que será eterno, pero ella me ha dicho que todo lo contrario: ¡un grandísimo ritmo de aprendizaje!

Y la última alegría ha sido mirar el reloj y ver que habíamos estado 1 h 30 m trabajando... lo previsto era hacer media hora diaria porque no iba a aguantar, y de repente llevaba el triple y casi no me había dado cuenta: subidón de nuevo.

He llegado tarde a casa, sobre las 22:00 h. Agotado, pero contento. Veo que el camino será más duro de lo que pensaba ayer, pero también veo más claro que vamos con muy buen ritmo y llegarán los resultados.

El ejemplo que me ha puesto y que más me ha animado: hay personas que a estas alturas (dos días) están aprendiendo a contar cuántas palmadas se oyen. Yo el primer día ya distinguía sílabas, y hoy me ha dicho que si quiero puedo ver la tele con subtítulos y me puede ayudar.

A ver mañana, que llevo cansancio acumulado. Pero hemos avanzado, visto avances y estoy muy contento.

26 julio

Hoy ha sido un día sensacional. Tanto como agotador, pero sensacional al fin y al cabo.

Es curioso, pero este nuevo inicio con el implante pone a uno muy emotivo y sensible. Muchísimo. Intuyo que es porque son tantas cosas nuevas que uno vuelve a ser un niño otra vez. Puede jugar en mi contra, pero por ahora procuro que este estar tan sensible juegue a mi favor para ganar en optimismo y motivación.

Me da un poco de miedo esta tercera crónica (o volumen casi, con lo largas que me están saliendo) porque siento que estoy acaparando demasiado, y para mí esta es una lucha más, como todo el mundo tiene las suyas. Y estoy adquiriendo como un compromiso que no es fácil al terminar los días.

Cuando te levantas y activas el implante el impacto es muy fuerte, y hoy lo ha sido especialmente. Pasas de repente de no escuchar abso-

lutamente nada a oír todo de golpe. Oyes lo que nunca habías oído y encima vuelve la caja de grillos a tu cabeza y todo sigue parecido: muchos ruidos y sonidos, y sigues sin conseguir discernir.

Pero he tenido poco tiempo para desanimarme porque a las 8:00 h tenía visita con la logopeda del Hospital Sant Pau. Ha sido breve, pero una muy buena manera de arrancar el día: he llegado y me ha hecho unas pequeñas pruebas. Me ha dado una lista de palabras y, mientras se tapaba la boca, iba diciéndolas y yo tenía que adivinar cuál decía. He acertado todas y al acabar me dice:

—¿Cuándo te han activado el implante?

—Hace dos días, el lunes.

—¿En serio? ¡Sí que llevas un gran avance, podrías llevar un mes!

Poco más ha habido en la visita, pero con esto hemos arrancado bien el día.

Me ha dicho que sea precavido con no querer conseguirlo todo ya, que también es bueno ser paciente y descansar. También me ha gustado, porque es bueno que me lo digan para no llevarme un tortazo o petar.

Luego ya he ido directo a Gaes para recoger las pilas y el imán del implante. Cuando he llegado no lo tenían preparado todavía, así que me he ido a un bar con terraza y me he sentado a tomar un café y un bocadillo de fuet mientras aprovechaba para intentar descubrir sonidos: un coche, una moto, una conversación de lejos (sin entenderla), una mosca, el golpe de un vaso en la mesa, etc. Me gusta porque oyes algo que no sabes qué es, lo buscas y lo encuentras, y entonces sientes que has avanzado descubriendo algo nuevo.

20 minutos después ya tenía las pilas y el imán y me he ido al trabajo. Iba con ganas, porque en poco rato de la mañana habían pasado muchas cosas y todavía estaba con fuerzas. Mientras iba he sacado una conclusión: es bueno y ayuda procurar arrancar el día con algo de paz para que el choque que supone activar el implante se amortigüe de alguna manera. Algo así como levantarse y desayunar con calma leyendo noticias o similar.

En el trabajo ha sido un día muy intenso. De nuevo, muchos sonidos y ruidos. He descubierto los pitidos que hacen las tarjetas de acceso y me ha gustado, porque nunca los había oído y siempre estaba pendiente de cuándo se abría la puerta sin oír el pitido, y ahora ya puedo ir “sincronizado”.

Al mediodía voy a comer solo y al final, porque si no hay mucho ruido en el comedor. También me permite descansar un rato, que lo necesito. Cuando llevaba media hora ha aparecido Manel —mi jefe— que también suele comer tarde y se ha sentado enfrente mío. Justo acababa de terminar, pero me he quedado con él, porque me gusta su voz y tiene mucha mano para preguntar e interesarse. Me ha estado preguntando cómo me encontraba y detalles del implante, y le he estado contando.

Ya después he tenido con él la evaluación semestral —muy bien— y luego hemos estado con Isidre los dos, que nos ha estado explicando un tema. Hemos estado 2 horas. Así que ha sido una tarde muy intensa y agotadora, pero a la vez me ha venido muy bien para aprender a oír: Manel es fácil de seguir e Isidre se esfuerza mucho conmigo por vocalizar, lo que valoro mucho y me ayuda a sentirme comprendido.

La verdad es que tengo una gran suerte con todos los del equipo: todos —Manel, Isidre, Adela, Rosa, Tere y Javier— se esfuerzan por mirarme y vocalizar cuando me hablan, y me dan muchos ánimos y me felicitan sutilmente.

He vuelto a acabar tarde (19:15 h) e ido directo a la logopeda. Hoy me apetecía, no como ayer. Y de nuevo, una maravilla.

Hemos repasado —muy brevemente— algunas vocales juntas (ao, ea, ie, ui, oi, ua...) y las iba adivinando. Luego ya hemos pasado a un texto nuevo que me ha leído una primera vez mientras lo iba siguiendo y luego he cerrado los ojos y ella iba diciendo frases del texto y yo trataba de adivinarlas: bastante bien. Todo esto busca aprender a discernir y trabajar la memoria auditiva. Mientras vamos haciéndolo todo, siempre me va explicando por qué hacemos cada cosa y qué importancia tiene, lo que me va muy bien para ir entendiendo todo lo que estoy experimentando.

Después de este texto me ha preguntado si se me ocurría algún texto

que conociese y que me pudiese leer para que yo fuese adivinando.

—Sí, claro. —Y le he dado mi móvil con un texto.

—Perfecto. Cierra los ojos y comenzamos.

—Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos. “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios...”

¡Me lo he pasado bomba adivinando muchas frases y palabras de la lectura de nuestra boda!

Y luego ha venido el momento estelar del día. Me ha dicho que podía practicar con mis padres lo siguiente: cierro los ojos y uno de ellos dice una frase que hemos acordado previamente y tengo que adivinar quién la ha dicho. Luego, más adelante, con Marta y mi madre.

—Y más adelante con Marta, tu madre y... ¿alguna chica más en casa?

—Uy, no.

—Es verdad... siete hermanos. ¿Alguna novia de tus hermanos?

—No por ahora, la verdad. Pero podemos probar con Marta, mi madre y mi abuela materna.

—Mmm... es que las hijas suelen tener voces muy parecidas a las de su madre. ¿Recuerdas si se parecen?

—No lo recuerdo, pero son muy diferentes. Mi madre es más tranquila y discreta, y mi abuela es más... así, famosa.

—¿Famosa?

—Bueno, hace bañadores. Guillermina Baeza.

—Claro, la conozco. Conocía a tu bisabuela que vivía aquí al lado. Mi suegra era su vecina.

¡Impresionante! Ayer me puse contento porque había descubierto que estaba al lado de la casa de la Coca... ¡y hoy resulta que mi logopeda la conoce! Me ha hecho una ilusión tremenda y nos hemos puesto a hablar de María José (su suegra) y Paquita (una vecina) que

eran superamigas de la Coca.

Hemos hablado de esto, de la fundación que lleva para ayudar a niños de El Salvador con implantes, de su relación con las monjitas y la fundación, de que insiste a los sacerdotes en misa que tienen que usar bien el micrófono para que se les entienda... ¡tremendo!

Hemos mirado la hora y... ¡las 21:45 h! Una hora y cuarenta y cinco minutos. Ya nos hemos ido, que mi madre me esperaba en casa de los Abus.

Ha sido una cena muy agradable y me he llevado una sorpresa: era capaz de distinguir —aunque muy poquito— la voz del Abu de la de la Mumi. ¡Subidón para rematar el día! Ha sido muy chulo cuando les he contado lo de la Coca y además con ellos es fácil seguir la conversación porque hablan muy bien. Una gran manera de acabar el día de los abuelos.

He llegado a casa. Muerto, pero feliz. Y me he apagado el implante, que lo necesitaba y creo que me lo he ganado, siguiendo —además— los consejos de la logopeda del Sant Pau. Es curioso, porque durante un rato sigues oyendo sonidos imaginarios, intuyo que de tanto haber estimulado hoy el oído.

Y ahora en nuestro balcón, sentado en la silla y la mesa que se le ocurrió a Marta poner, creando un espacio genial.

Como diría Pablo: silencio. Brisa. Paz.

27 julio

Hoy tengo ganas de apagar el implante, meterme en la cama y dormir 48 horas seguidas.

Ayer fue una mala noche por culpa de los acúfenos. Tan contento que me fui a dormir pensando que esos ruidos que escuchaba al apagar el implante significaban que era todo un campeón y que estaba estimulando muy bien el nervio auditivo, y hoy he descubierto que eran acúfenos.

Es más o menos frecuente que las personas que tenemos sordera es-

cuchemos sonidos o ruidos que no existen. Me pasaba a veces antes del implante con pequeños pitidos, pero era ocasional y al poco ya no me daba cuenta.

Ahora, con el implante, el ruido es muy diferente y ha acabado siendo molesto. Aunque solo cuando no llevo el implante activado. Es como un ventilador continuo de fondo. Suficiente como para despertarme varias veces en la noche extrañado.

Así que con la broma igual he conseguido dormir unas 4 horas, y creo que no muy buenas. Y claro, con esto de ir un poco más cansado, el día ha sido especialmente duro. También tiene su parte buena: creo que es positivo tener conciencia de que no es un camino de rosas, que es exigente y que requiere esfuerzo. Aprender a oír de nuevo y tener que hacer un “cambio de armario” de sonidos tiene su qué.

Tenía como objetivo levantarme pronto para hacer que el impacto de activar el implante no fuese tan brusco, tomándome un café y leyendo, pero no he oído el despertador. Despertador para mí significa que se activasen los flashes del móvil. Vamos, que lo correcto sería decir que ni he visto el despertador.

Así que en nada estaba de nuevo con un montón de ruidos en la cabeza yendo a trabajar bastante confuso y un poco de capa caída.

Pero todos los días hay cosas chulas: he llegado, he puesto la tarjeta para abrir la puerta y... ¡Pip! Qué gracioso es esto de poder oír este pitido al empezar. Espero no cansarme nunca de escucharlo.

La crónica que escribí ayer también la compartí con los del trabajo, y cuando he llegado todos me han sonreído muy cariñosos, lo que me ha hecho ilusión. Incluso durante el día —mira tú qué suerte tengo— me han ayudado con algunos sonidos: ha sonado un móvil (en ese momento no sabía yo que era un móvil porque es la primera vez que oigo uno) y he levantado la cabeza y adivinado que era un móvil. Entonces Javier y Tere, que están a mi izquierda, me han mirado y les he explicado cómo lo oía yo y ellos cómo lo oían, y coincidía un montón. ¿Verdad que son geniales?

Durante la mañana he estado muy concentrado, tenía bastante por

hacer y no he descubierto casi nada nuevo de sonidos. Además, como estaba muy cansado, por momentos tampoco tenía ganas. He resistido bien la tentación de apagar el implante: únicamente me lo he apagado 10 minutos durante la comida y ha sido una buena decisión.

La tarde ha ido mejor, manteniendo incluso conversaciones —siempre leyendo los labios, claro— y he aprendido cosas nuevas en el trabajo que me servirán de mucho. Al final estoy allí para trabajar, lo que ha compensado las fuerzas que me faltaban para oír.

Hoy he conseguido salir antes, así que me ha dado tiempo a llegar a la logopeda y entrar en una iglesia para sentarme allí y disfrutar de un poco de paz y contarle a Jesús cómo iba todo.

Es genial la sonrisa con la que me recibe siempre la logopeda. Empezamos a las 20:00 h y me recibe toda contenta: ¡olé ella! Lleva desde las 8:00 h trabajando y ahí la tienes, a tope.

Ayer estuvimos trabajando un texto de Alexander Graham Bell. Es muy chulo, por cierto: descubrió el teléfono intentando encontrar un aparato que ayudase a las personas con sordera a oír, porque esa fue su gran pasión: las personas con sordera. De hecho, se casó con una chica que tenía sordera desde los cuatro años. Total, que he cerrado los ojos y me ha leído el texto. Lo he entendido casi todo. Luego iba diciendo palabras del texto y yo iba adivinando. Eso es más difícil, porque cuando es una frase larga adivinas palabras que no oyes bien por el contexto, pero cuando son palabras sueltas... eso ya es como un desierto.

Es muy interesante porque también vamos hablando de cosas y es una fuente de sabiduría en lo que al tema del implante y la audición se refiere. Aprendo muchas cosas con ella, además de avanzar con la audición.

Se nos ha ido la hora de las manos —¡hasta las 22:00 h!— pero antes de acabar hemos concretado algunas letras que más me cuestan: a, k, m, l, s, f. Como ya no la veo hasta el lunes me tocará a mí trabajar estos tres próximos días. Estoy muy contento por eso, porque tengo voluntarios y todo —mención especial a una de las grandes amigas de Marta—: una alegría estar tan bien rodeado.

Albert —la personificación de lo que es un amigo— me ha escrito: “Tengo reservadísimo el sábado: ¡a ver qué te parece mi nueva voz!” Me he reído un montón cuando lo he leído ya llegando a casa y estaba muy contento pensando que me había cambiado el final del día, porque empezaba a estar otra vez de bajón por el agotamiento.

Tener a Marta en Madrid por trabajo no es fácil —y ella es, además de otras miles de cosas geniales, la razón y motivación de estas crónicas: sin ella no habría ni crónicas, ni implante—. Pero faltaba una sorpresa... ¡la Mamá estaba en la puerta de casa con una lasaña para que pudiese cenar decente! Una madre es una madre. La mía incluso algo más.

Durante la cena —ya con el implante apagado porque no podía con mi alma y ha sido todo leyéndole los labios— me ha enseñado mensajes de algunas amigas suyas a las que había enviado alguna de las crónicas y me ha encantado.

De nuevo en la terraza —esto sí que es optimismo: llamar terraza al balconcito de medio metro de fondo y uno de ancho— escribiendo esta cuarta crónica con más ganas que las anteriores, porque me gustan mucho los mensajes de las personas con las que las comparto y me siento muy acompañado.

Habría que acabar haciendo honor a mi hermano Pablo: balcón. Agotamiento. Satisfacción. ¡Y sin acúfenos ahora que pienso, tú! Bueno, ha sido escribirlo y han vuelto.

Total, no creo que tenga problemas hoy para dormir. El día ha valido la pena una vez más: no nos engañemos, en 6 meses puede que sea capaz de entender sin lectura labial, algo que no he conseguido en 30 años. Me parece una buena inversión estos próximos 6 meses.

28 julio

Hoy la pelota estaba todavía más en mi tejado que los días anteriores porque la rutina se rompía: algunos viernes salimos antes del trabajo y no tenía sesión con la logopeda, con lo que la secuencia despertar-trabajar-logopeda-volver a casa ya no se iba a dar, y aparecía tiempo libre. Ayer por la noche me di cuenta e intenté mentalizarme para ello.

Me he levantado y he pensado que no arrancaba bien: otra vez a toda prisa a trabajar porque no he conseguido levantarme con tiempo. Pero estaba equivocado. Me he dado cuenta de dos cosas llegando al trabajo mientras me debatía conmigo mismo: el implante me lo he puesto mientras iba bajando las escaleras, con lo que sin enterarme he adquirido la habilidad de colocármelo bien y activarlo como quien se pone unas gafas. La otra, que no he sido tan consciente del impacto al activarlo, con lo que me voy acostumbrando un poquito y eso es bueno.

Así, todo contento, ha llegado el gran momento del día: ¡iPip! Me ha hecho tanta gracia otra vez que hoy le he dado tres veces con la tarjeta de acceso para volverlo a oír. No sé yo si los de control de acceso registran estas cosas y las ven al momento, pero si lo hacen igual se vuelven locos de que le dé tantas veces, porque ahora cada vez que me acerco a la puerta de acceso le voy dando con la tarjeta para seguir escuchándolo. Qué gracioso ese iPip!

La mañana ha sido más tranquila y pausada. Muy contento porque me he dado cuenta de que me voy acostumbrando a todo este mundo nuevo de sonidos un poquito. Es poco todavía: todo esto de ir oyendo mejor va a ritmo caribeño.

Además, durante la mañana he descubierto dos cosas nuevas: Tere ha tosido un momento y antes de mirarla... ¡ya había adivinado que estaba tosiendo! La otra cosa me ha costado un poquito más: he empezado a oír como una especie de sonido muy agudo a intervalos, mezclado con aire. Me recordaba un poquito al móvil de ayer de Isidre, pero estaba convencido de que no era eso. Primero he conseguido detectar de dónde venía bastante rápido —que eso está muy bien y no es fácil— y luego ya he visto que Javier estaba silbando: ¡qué fuerte, nunca había oído silbar!

Los de mi equipo me han dicho que están encantados con las crónicas y que les ayuda mucho a acompañarme. Incluso me han insistido en que les dijese cualquier cosa que me pudiese molestar para hacerme el día a día más llevadero —se portan todos de diez conmigo—, pero a mí me encanta que haya ruidos y sonidos nuevos que descubrir.

Javier me ha enseñado que ha compartido alguna crónica con su hija

y ella le ha contestado que le había gustado mucho. A mí me ha gustado que lo haya compartido, porque la sordera es una discapacidad que no se ve y creo que puede ayudar a las personas que lo lean a entenderlo mejor y así hacer la vida más agradable a personas con sordera y personas mayores que pierden audición.

Sigo yendo al comedor al final, para tener un momento de paz y evitar el ruido que siempre hay, que es horrendo. Con lo que gano dos momentos de paz: el del comedor y el de cuando mis compañeros se van a comer y me quedo solo en el despacho. Tengo la impresión de que también oigo los acúfenos de fondo —en mi caso como un ventilador continuo— incluso cuando llevo el implante activado. Así que, aprovechando que estaba solo, me he levantado y me he acercado a los tres aparatos de aire acondicionado que tenemos en el despacho y he prestado atención. También los tocaba con la mano para sentir las vibraciones y calibrar mejor. No tengo claro si los acúfenos están ahí o no, y la verdad es que me preocupa un poco. Pero bueno, como el lunes veo a la logopeda podré preguntarle.

Al acabar el trabajo he ido a casa de mis padres. Me apetecía ir a mi casa a dormir, porque estos cinco días han sido tan emocionantes como agotadores. Como la pelota estaba en mi tejado, he ido para poder hacer ejercicios con ellos. Además, en casa de mis padres y con ellos siempre se está muy bien.

Llegaba cansado y pensando que igual no sería capaz de hacer nada, pero cuando he tocado el interfono me he quedado sorprendido porque no tiene nada que ver cómo lo oigo ahora y cómo lo oía antes. Así que lo he tocado unas cuantas veces para comprobarlo; suerte que la Mamá no trabaja en el control de accesos de mi trabajo.

Como he entrado animado por el interfono, les he pedido que se taparan la boca y dijese una frase: ¡ya consigo distinguir las voces de mis padres! Eso es un superavance y, aunque no noto mucha diferencia, está muy bien.

Pero estaba realmente cansado. Como viven en Mirasol y mis hermanos justo ahora están todos fuera, hay cierta paz. He salido al jardín y no he podido resistirme a probar si era capaz de oír algo que sabía que nunca había hecho: he agitado un árbol y... ¡sí! ¡Oigo las hojas de

los árboles! Si he sido capaz de escuchar eso, seré capaz de oír los susurros. El reto será entender los susurros, pero ahora sé que puede ser posible.

Ha estado muy bien estar en el jardín: he adivinado los ladridos de un perro —más graves de lo que pensaba—, el ruido de un avión, los coches, la gente que pasaba hablando. Casi todo esto ya lo oía, aunque diferente, y lo importante es que lo adivinaba sin verlos. También he adivinado el canto de un pájaro, que eso sí que no lo había escuchado nunca y es alucinante.

Tocaba un rato de siesta y ese dormir media hora me ha sentado de fábula para luego seguir descubriendo cosas. En misa he descubierto el sonido de la suela de los náuticos de un señor mientras andaba. De verdad que me gusta mucho descubrir sonidos nuevos, pero yo creo que este tipo de suelas deberían estar prohibidas, porque es asqueroso cómo suena.

Faltaba el momento colosal del día, por eso. A Marta le toca trabajar un fin de semana al mes y justo le ha tocado este. Encima, lleva un tiempo en una etapa formativa que tiene que hacer en Madrid, pobre. No está siendo fácil porque ella siempre me ayuda una barbaridad. Hablamos mucho por WhatsApp, porque ahora no podemos llamarnos. Pero tenía tantas ganas de oír su voz que hemos acordado una frase que me tenía que decir y ha llamado. He puesto el altavoz en el móvil: ¡la he entendido perfecta la frase! Tanto subidón que le he pedido que me dijese una segunda frase —no es nada fácil porque no tenía ningún contexto— ¡¡¡ he acertado dos de las cuatro palabras que tenía esta segunda frase improvisada!!! Sin duda, los mejores diez segundos de toda la semana.

Estoy contento porque he cumplido hoy y no era fácil. Muy contento, de hecho. Tanto, que he vuelto a casa escuchando música. No he entendido prácticamente nada de la música, pero ha sido muy chulo.

Un día genial, de nuevo. Como diría mi hermano Pablo: orgullo. Emoción. Felicidad.

P. D.: Mi hermano Ignacio está sorprendido con lo que no oía y ahora oigo, porque dice que no era tan consciente. Me ha enviado un vídeo

que me ha gustado mucho.

Antes de que lo veas puede ayudarte saber que con la sordera y el implante coclear cada persona es un mundo. Hay personas que han oído normal y, por algún motivo, pierden la audición y entonces recurren a un implante coclear; en este caso los beneficios son mucho más rápidos e incluso con mejores resultados que otros. En el caso de los niños pequeños —que con un año ya pueden ser implantados, ¡impresionante!— los resultados son también buenísimos, porque aprenden a oír respetando su propio desarrollo natural. Luego hay casos un poco más complicados, como el mío, que tenemos sordera de nacimiento, con pérdidas muy fuertes —la mía es de un 99,9%— y que nos implantamos ya de jóvenes/adultos: el impacto de oír cuando te activan el implante es algo diferente —por lo menos para mí—, porque ya oía más o menos con audífonos y la primera vez es más confuso y no tienes la nitidez que pueden tener otros.

¡Menuda chapa antes de que veas el vídeo! Aquí tienes:

<https://www.youtube.com/watch?v=cYXADsCY1bY>

Ahora que ya lo has visto, tengo que decirte que yo también tengo muchas ganas de llorar cada día de lo emocionante que es oír.

29-30 julio

Este fin de semana ha salido todo el cansancio que llevaba dentro y del que no tenía conciencia. Ha sido desaparecer la tensión del día a día y caer rendido. Así que he pensado que también yo merecía un fin de semana de descanso y he apartado momentáneamente los ejercicios previstos.

Pero oír es una pasada, así que el entorno me ha llevado a convertirme este fin de semana en un auténtico cazador de sonidos.

Quería dejarme llevar por el día, pero entonces suenan las campanas y no puedo evitar levantarme e ir corriendo a escucharlas desde la ventana de casa. Suenan diferente y tienen el inconveniente de que es como si retumbasen dentro de mi cabeza. Pero prestando atención hoy —domingo— he sido capaz de distinguir el golpe

del badajo y el posterior sonido que permanece un breve momento al seguir vibrando la campana por el golpe. Ayer —sábado— no fui capaz de apreciar esta diferencia. Estoy contento, porque significa que aunque he apartado los ejercicios durante estos dos días, he hecho avances.

He tenido la suerte de que mi hermano Ignacio ha decidido que está muy bien esto de seguir las crónicas, pero que a él le tocaba pasar a la obra, con lo que ha cogido el coche y ha venido a verme el fin de semana desde Castellón. Todo un detalle. Además, tiene una voz y pronunciación muy buenas, lo que se agradece. Se nota cuando alguien habla pausado y con claridad.

El sábado amanecí muy tarde: tan cansado estaba que nada me despertó hasta prácticamente el mediodía. Arranqué decepcionado, porque había perdido la mañana para oír y hacer cosas, pero fui a comer a casa de mis padres y junto con Ignacio estaba mi hermano Pablo, que siempre te anima el día con sus bromas y su manera de ser.

Llegué, llamé al interfono y... volví a llamar tres veces más. No es tan sutil como mi nuevo amigo iPip!, pero también me hace gracia.

La comida no fue fácil. De hecho, fue bastante difícil poder seguir algunas conversaciones. No es muy diferente que cuando llevaba audífonos, pero es que ahora tengo tantas ganas de entender, que me doy cuenta de lo mucho que no entendía. Todos, por eso, se daban más o menos cuenta y me iban repitiendo las cosas que me perdía.

Durante la tarde, mientras tomábamos el café en el jardín, sucedió algo impresionante. De repente comencé a escuchar un sonido agudo que no conseguía adivinar qué era. Miré a mi alrededor, pero nada. Entonces le pregunté a Ignacio:

—¿Qué es lo que suena?

—Un bebé llorando.

¡Impresionante! ¡Había un bebé llorando en la casa de al lado y lo estaba oyendo! Me levanté y salí emocionado a la zona comunitaria para escucharlo desde más cerca. Antes escuchaba cuando llegaban a ese punto en que el lloro pasa al berrido, pero en aquel momento lo

estaba oyendo y no lo tenía al lado.

He decidido implantarme a los 29 años. Esto ha sido así porque no tenía conciencia de que oía tan poco con audífonos y una serie de situaciones durante este último año me hicieron darme cuenta de que me perdía muchas más cosas de las que pensaba. Pues bien, una de ellas era lo que me costaba —si lo conseguía— oír a un bebé cuando llora y a una pequeña niña de 3 años, hija de unos buenos amigos, que un día comenzó a contarme muchas cosas y no conseguí entenderla. Me hizo mucha ilusión poder oír esos llores y espero con ganas volver a ver a esa niña de aquí a un buen tiempo, cuando consiga entender conversaciones, con la ilusión de ser capaz de mantener una con ella.

Ayer escribí a Marga, una chica muy simpática que se implantó el mismo día que yo. Tiene pinta de ser muy optimista y luchadora. Me escribió esto:

“¡Hola! Buf... la cabeza como un bombo... ipero flipadísima! Yo no llevaba audífonos y he pasado de vivir en mi mundo silencioso a una fiesta que no veas.”

Por la noche quedé para cenar con Albert en casa. Pactamos que cuando llegase llamaría al timbre sin avisarme. Me fui a la habitación y, antes, abrí las puertas del balcón de par en par y la ventana del salón para que entrase cuanto más ruido mejor, y me puse a ver un vídeo en el ordenador. Quería probar de oírlo sin estar concentrado y ser capaz de distinguirlo entre todo lo que podía oír en ese momento: ¡victoria! ¡Y a la primera con solo una llamada!

Albert se fue. Me he despertado esta mañana con toda la casa abierta y vestido. Me quedé totalmente dormido sin darme cuenta. Estaba destrozado.

Me ha gustado levantarme así, porque significa que estoy trabajando y que ayer seguramente hice mucho más de lo que pensaba.

Esta mañana en misa no he entendido nada de nada. Creo que le voy a dar la dirección de la logopeda a todos los sacerdotes y, sobre todo, a las señoras que salen a leer. Por suerte no había nadie con náuticos, que entonces ya hubiese sido tremendo.

Luego he ido a ver a l'Àvia, que tenía ganas de verla y contarle de viva voz la semana. Pasa el verano en una casa preciosa con jardín en Sant Cugat y también tenía ganas de escuchar por allí, porque intuía que con tanto jardín habría cosas chulas que descubrir. Había una manguera en la piscina y era muy agradable oír de fondo cómo caía el agua a la piscina —nunca me había pasado— mientras hablaba con ella y con mis primos Dani y Carlotta. Muy simpáticos, me han ido preguntando algunas cosas que habían leído y, como se les veía tan contentos, me han contagiado su alegría. Ha sido una pasada darme cuenta de que de repente el agua ya no caía en la piscina, sino en una regadera, pues justo Carlotta la estaba llenando para regar plantas.

He comido con mis padres, Ignacio, Alberto y Toni. He vuelto a tocar el interfono y, como siempre, cuando entro estaba el Papá sentado en el sofá del fondo y te recibe con una sonrisa que te pone contento. Con la alegría que me habían contagiado y la cantidad de sonidos que llevaba descubiertos, me he envalentonado y les he pedido que dijese la siguiente frase: “Mi padre se llama José María”. He cerrado los ojos y he acertado dos, fallado una y dudado con otra. La verdad es que me he llevado un chasco porque iba con los humos subiditos, pero pensándolo ahora creo que está bastante bien.

Toni también lleva un implante, aunque a él se lo pusieron de pequeñito, con 4 años. He aprovechado para acribillarlo a preguntas y me han gustado sus respuestas. Oye superbien y no seré capaz de escuchar tan bien como él, porque las circunstancias son diferentes, pero me gusta verlo y soñar un poco con lo que llegará.

La comida otra vez muy difícil, siendo 6 en la mesa, pero yo diría que un poquitín mejor que ayer. Igual ha sido tan desastre como ayer, pero yo creo que ha sido un poco mejor y, si no, que alguien me demuestre lo contrario, tú. Hay que autoanimarse también.

Al caer la tarde he estado con mi buen amigo Evaristo, que solo tiene 35 años más que yo: la amistad no entiende de edades y él es la prueba de ello. Con él hemos descubierto muchos sonidos desde el balcón de casa con los que cerrar bien el fin de semana: el piar de unos pájaros, los ladridos de un perro, las campanas que contaba al principio, unos niños que bajaban la calle con patinete, un niño berreando his-

térico encima de una moto de juguete, gente que pasa hablando, etc.

Realmente, oír es algo muy bonito.

Estaba acabando las crónicas intentando resumir el día haciendo honor a mi hermano Pablo, que le gusta escribir en plan “Palabra. Palabra. Palabra.” y a mí me hace mucha gracia. Pero me he enterado de que ha comentado con un amigo cercano que la crónica realmente impactante es la primera y que el resto “son así más de pachanga”. Yo creo que se merece una buena pañolada, pero igualmente se le quiere. En cualquier caso, escribirlas me está ayudando mucho a darme cuenta de lo que he aprendido y así registro mejor los sonidos nuevos, y eso vale la pena.

Cazador. Descanso. Sueños.

31 julio

Al levantarme me he acordado de que me tocaba activar el segundo programa del implante. La activación del implante es progresiva, porque ponerlo a máximo rendimiento nada más empezar sería contraproducente. Por eso ahora mismo tengo cuatro programas en el implante y cada lunes subo uno hasta mi próxima visita con el audioprotesista. Esto significa básicamente que sube el volumen —aunque no es solo eso—. Pues bien: un desastre.

Por si no estaba suficientemente despierto, una vez duchado y ya listo para ir al trabajo, el bofetón acústico ha sido contundente. Casi como entrar en una discoteca a las 7:00 h de la mañana nada más levantarte: no te lo recomiendo. Encima, todo lo que pensabas que habías conseguido en una semana, la cantidad de cosas que habías descubierto, parece que se esfuma en ese segundo que dedicas a pasar del programa 1 al 2. La sensación era otra vez parecida a la del primer día.

Sinceramente, ya no tenía ganas de oír y la tentación de volver al programa anterior se te pasa una y otra vez por la cabeza.

Es curioso, pero la tontería del iPip! al llegar al trabajo me ha arrancado una sonrisa. Soy muy consciente de que ese pitido es una tontería, pero me han perseguido toda mi vida estos pitidos: “Pero Marcos, ¿no

ves que la nevera está mal cerrada? Lleva mucho rato pitando”. “No dejes cosas en la encimera, porque luego suena”. “Ya está abierta la puerta, que ha sonado al detectar la tarjeta”.

Hoy he descubierto que hay muchísimos pitidos: cuando aprieto la vitrocerámica suena cada vez que sube de intensidad, la máquina del café del trabajo (que no la Nespresso) hace un pitido al acabar, el microondas suena al terminar... y así muchas cosas. Descubrir que seguía distinguiendo los pitidos me ha animado y, además, me hace la vida más agradable: ya no tengo que estar pendiente de si he apretado bien la vitrocerámica para subir la intensidad, ni mirar continuamente la máquina de café para ver cuándo acaba y no hacer esperar al siguiente, y es más difícil que me olvide de que había metido algo en el microondas para calentar. Saber que existen y oírlos me permite estar más relajado y menos en tensión.

El día ha sido difícil porque, de nuevo, todo retumbaba en mi cabeza. Para nada me lo esperaba y durante todo el día me ha acompañado un dolor de cabeza pesado que no me ha permitido descubrir muchas cosas nuevas.

Por suerte hoy tenía logopeda y durante las sesiones ves siempre avances. Además, la logopeda es un terremoto y eso te pone firme y con ganas de trabajar, y me ha sentado muy bien.

Hoy hemos dado un salto de gigante: mientras ella me leía un texto que no conocía y no tenía ni idea de qué iba, escuchaba atentamente con los ojos cerrados. He conseguido entender prácticamente toda la historia y estoy muy orgulloso de ello. Lógicamente, el entorno no es el mismo que el del día a día y eso facilitaba que lo entendiese, pero es un grandísimo paso.

Hemos practicado también con listas de palabras y ahí me he lucido: poquísimos fallos. Lo que más me cuesta es el fonema /k/.

He acabado cenando con un buen amigo que me ha animado mucho cuando me explicaba lo que estaba disfrutando con estas crónicas. Me ha contado que una vez leyó una historia acerca de una ballena que daba vueltas y vueltas en un acuario. Un buen día la ballena escapó y nadó río abajo emocionada hasta llegar al mar, donde descubrió

un mundo infinito y precioso. Realmente no sabría explicar mejor lo que estoy viviendo que como lo ha hecho él: ¡qué bien hace sentirse acompañado!

Como siempre, escribir me está ayudando mucho a conocerme mejor y ponderar bien el día. Ha sido un día duro y exigente, pero también soy yo quien tiene que aprender a poner el freno y no pretender conseguirlo todo tan rápido. Lo normal es tan bueno como lo extraordinario en esta batalla.

Ayer mi hermano Toni me explicó algo que me encantó. Les había contado a sus amigos que él era capaz de disfrutar de dos silencios: el silencio normal, de cuando hay ausencia de sonidos, y el silencio de cuando apagas el implante. Sus amigos no lo entendían muy bien y él decía —con su orgullo adolescente— que no sabían lo que se perdían. Yo estoy de acuerdo con él y ahora lo estoy disfrutando, porque es especial y solo unos pocos podemos disfrutarlo.

Creo que este silencio me permite ahora disfrutar de la brisa mientras veo a algunos pasar desde el balcón de una manera diferente y especial, mientras pienso con ilusión en el viernes, cuando por fin podré escuchar la voz de Marta, lo que más ganas tengo de oír.

Silencio. Descanso. Ilusión.

1 agosto

Esta mañana —al activarme el implante— habían quitado prácticamente todos los altavoces de la discoteca y únicamente quedaba uno funcionando. A todo trapo, pero no es lo mismo: qué bien que la adaptación al segundo programa sea más rápida de lo que ayer pensaba desanimado.

El día en el trabajo ha transcurrido con normalidad, y con la suerte de que como siempre hay muy buen ambiente en el departamento, eso hace que sea más llevadero. Me preguntan cómo voy, hacen bromas y me animan. Poco a poco me voy acostumbrando a todos los ruidos que nos envuelven.

El calor de ayer, la humedad de hoy y el cansancio acumulado me están pasando factura. En estos momentos es importante tratar de

poner con la voluntad la ilusión que la semana pasada salía de forma natural, para seguir descubriendo sonidos.

Veo que tras una primera semana muy intensa, viene ahora un tiempo en que toca poner más de mi parte. Esforzarse cada día por entender un poco más —y acaba siendo un muy poco más— no es fácil y exige mucho esfuerzo. Uno tiende a acomodarse y dejarse llevar, lo que es peligroso.

Mi capacidad de sorpresa va menguando, pero todavía hay muchas cosas que me sorprenden. Ha sido chulo descubrir el ruido de las hojas saliendo de la impresora (no el de la propia impresora, sino el roce de las hojas según van saliendo) y el ruido de una hoja al rasgarla.

Por la tarde, nueva sesión con la logopeda. Estas sesiones son muy importantes, porque con ella trabajo directamente conseguir entender el habla a través de textos y de palabras, que es mi gran objetivo e ilusión: poder entender a los demás.

Por momentos, es muy frustrante no ser capaz de entenderlo todo. Es un continuo caer y levantarse. Estar especialmente sensible ante este nuevo mundo es una moneda de dos caras. Por un lado, te apasiona y te hace disfrutar mucho con nuevos descubrimientos. Por otro, hace que las dificultades se magnifiquen.

Hay otra cosa que me ha animado: cada día escucho una canción que me gusta mucho: *Hallelujah*, de Rufus Wainwright. El primer día no entendí nada, pero me daba igual porque estaba muy contento. Ahora, prestando atención, veo que cada vez entiendo un poquito mejor la letra. Hoy he descubierto un instrumento de fondo que todavía no sé qué es. Una pequeña victoria, aunque no sepa todavía qué es lo que suena exactamente.

Aunque está siendo más duro ahora, tengo la suerte de estar muy bien acompañado y para nada puedo quejarme: Cris —la hermana de Marta— me ha traído unos tupperes que tienen una pinta buenísima: un detallazo enorme.

Gracias a ella, he decidido que mañana me iré con uno de sus supertupperes a la playa para animarme: tengo muchas ganas de escuchar

las olas del mar en la noche. Tiene que ser impresionante escucharlas bien, con matices nuevos —las escuchaba, pero no sé hasta qué punto puede ser diferente y tengo intriga por descubrirlo—.

También tengo muchas ganas del viernes. De huir con Marta a un entorno donde sé que habrá mucho por descubrir: la montaña.

Luchar. Caer. Levantarse.

2 agosto

Hoy me he levantado bien: ya no quedan altavoces en la discoteca. Parece que me voy acostumbrando a toda la sonoridad del ambiente.

He pasado un día más relajado que ayer, consiguiendo no darle vueltas a la cabeza sobre lo difícil que es oír. Aun así, el cansancio no remite, sino todo lo contrario.

Durante la logopeda me he dado especialmente cuenta: no he sido capaz de seguir los textos ni de entender palabras como otros días, pero no me preocupa. Oír desde cero exige mucho y no pasa nada. Me ha contado que cuando operan a los niños pequeños, muchos duermen y duermen de lo cansados que acaban.

Mi sordera es en ambos oídos, pero es más acusada en el derecho, que es donde llevo el implante coclear. Para poder avanzar bien durante los próximos 3-6 meses no llevo audífono en el oído izquierdo. Esto significa que (1) solo tengo audición en un oído y (2) además es en el oído “malo”.

Hemos hecho una prueba con el móvil: se ha ido a otra habitación y me ha llamado. He entendido muy, muy poco, pero eso es una barbaridad. Jamás había entendido nada por el móvil con el oído derecho. En otras circunstancias estaría saltando de alegría; hoy estoy contento, pero no tengo fuerzas para saltar.

Tenía unas ganas terribles de ir a la playa a oír las olas del mar. No ha podido ser: toca descansar. Son las 20:30 h y ya estoy cenado —¡qué bien los tupper!— y en la cama. Mañana será otro día.

Dormir. Dormir. Dormir.

3 agosto

Se nota cuando descansas, y mucho. Especialmente en estos días de calor y exigentes —como siempre—, porque oír supone un esfuerzo continuo. Solo descanso cuando apago el implante, que es al irme a dormir.

Probablemente hoy ha sido el día que más fresco me he levantado. A las 7:00 h ya estaba en pie y eso me ha permitido ponerme el implante mientras desayunaba con paz en el balcón. Está muy bien eso: ha sido darle la vuelta a la tortilla respecto a otros días; en lugar de prepararme para el impacto del implante, sin quererlo me he preparado para oír, que no es lo mismo.

De camino al trabajo —animado como iba— me he atrevido a ponerme otras canciones. Concretamente, me he puesto varias veces **Human**, de The Killers. Ha sido una pasada porque por primera vez —y siendo una canción que conozco— he escuchado claramente la batería (espero no equivocarme y que la haya). Casi nunca había sido capaz de distinguir los instrumentos en las canciones.

Muchas veces me han preguntado si soy capaz de escuchar la música. Cuando contesto que sí, irremediablemente viene una segunda pregunta: “¿Y cómo la oyes?”. A eso ya no soy capaz de contestar, sobre todo porque no sé cómo la oyen los normoyentes —así es como se llama a las personas que tienen audición normal, una palabra que siempre me ha hecho mucha gracia porque me recuerda a la palabra **Muggle**.

Lo que sí sé es que ahora la oigo fatal, pero que seré capaz —pongamos que en un par de años: esto de aprender a oír de nuevo lleva lo suyo— de escuchar mucho más, porque con el implante estoy siendo capaz de escuchar hasta 8.000 Hz y con los audífonos me quedaba en unos 2.000 Hz. Eso es menos que lo que alcanza una persona con buena audición, pero mucho más que lo que tenía antes. Mi sordera afecta tanto a las frecuencias (de izquierda a derecha) como a los decibelios (de arriba a abajo). Te paso una foto más abajo para que puedas entenderlo mejor.

Ahora que has visto el audiograma, puedes ver que el gorjeo de los pájaros y el crujir de las hojas de los árboles están muy arriba y a la derecha. Que yo oyese eso antes era imposible. Que el viernes pasa-

do fuese capaz de escucharlo en el jardín es... un milagro, vamos. Es como ver algo que no has sido capaz de ver en tu vida. Por eso estaba tan emocionado: porque oía algo totalmente nuevo y porque si soy capaz de oír eso... ¡espero entender muy bien las conversaciones! Bueno, seguramente muchos expertos me dirán que ponga los pies en el suelo, pero a mí me gusta apuntar muy alto para llegar más lejos.

En el trabajo todos me han preguntado qué tal he descansado: está muy bien esto de estar tan bien acompañado. Estoy muy agradecido a todos ellos, porque durante estas dos semanas me están ayudando un montón. Por ejemplo, en un momento dado Manel me ha estado explicando lo grave que es la voz de Javier —que justo estaba hablando por teléfono— y cómo la oye él. Yo todavía no me entero de eso, pero me gusta saberlo para cuando llegue el momento.

Me he atrevido a ir al comedor con ellos. Es verdad que hoy éramos muy poquitos, pero he estado muy a gusto y me ha animado. Evidentemente he seguido las conversaciones gracias a la lectura labial y me ha gustado que todos me mirasen y vocalizasen cuando me hablaban. Se agradece mucho que alguien vocalice bien y mire a los ojos cuando te habla.

En la logopeda —a la que también he ido escuchando música aunque entienda poco— hemos dado otro paso de gigante. Hemos comenzado como los últimos días: un texto y luego palabras sueltas. Me cuesta especialmente la “a”, porque la oigo muy fuerte y me desconcentra. En cualquier caso, para nada el desastre de ayer: bastante bien.

Y el paso de gigante: se ha sentado a mi lado derecho —donde llevo el implante— y hemos mantenido una conversación durante unos 15–20 minutos y la he seguido muy bien: ¡todo un éxito!

Hoy, de nuevo, ha sido la primera vez de muchas cosas, lo que es muy emocionante. Sobre todo, de la primera conversación sin mirar. Lo mejor de esto es que llego a mañana con este gran salto para practicarle con Marta: ¡qué ganas!

Renovado. Emocionado. Ilusionado.

4-9 agosto

Desde el viernes pasado no he vuelto a escribir, porque quería estar con Marta el fin de semana y la semana no está siendo fácil. Lo hago ahora con la intención de cerrar esta etapa.

La verdad es que queríamos y teníamos muchas ganas de hacer ejercicios. Luego nos dimos cuenta de que la vida misma es un ejercicio y no hay que obsesionarse con estar todo el día practicando: tener espíritu de curiosidad hace la misma función. Y descansar es tan importante como practicar: estar oyendo todo el día es como estar todo el día andando. Quieres parar y no puedes. Te vas cansando y tienes que seguir. Acabas muy cansado y, si no descansas, al día siguiente entiendes la mitad de lo que entendías el día anterior.

El viernes fue muy emocionante: por primera vez oía a Marta con el implante. Su voz es todavía como la de todas las mujeres, pero la entiendo más. No porque la oiga mejor, sino porque la conozco y me conoce, sé de qué hablamos y siempre se adapta poniendo cuidado en hablar bien y con pausa. Mi madre me contó el otro día que la primera vez que vio a Marta descubrió a la primera persona que sabía y era totalmente consciente de lo poco que oía. Y eso se nota.

El sábado salimos de excursión a los “lagos escondidos”. Un completo desastre. Fuimos junto con mi padre y tres hermanos —Carlos, José y Toni—. Hemos decidido rebautizarlos con el nombre de los “lagos de nunca jamás”: acabamos tres grupos de dos personas y cada uno llegó por un camino diferente.

Por el camino —eso sí— descubrí lo molesto que llegan a ser los grillos. Cientos de grillos a los que no ves y te tienen confundido con tanto ruido. Esperábamos encontrar algunas vacas, unas ovejas, caballos... algo nuevo que descubrir. Pues bien, nada de eso apareció y en su lugar encontramos montaña tras montaña. Llegamos tarde, salimos tarde y, para colmo, una densa niebla nos rodeó, haciendo el regreso más lento todavía. Hasta pasadas las 20:00 h no llegamos a casa. Y de regalo, un esguince.

El domingo, a la salida de misa, se nos acercaron varias madres-abuelas jóvenes que nos contaban lo que estaban aprendiendo leyendo las crónicas y nos preguntaban. Es gratificante, especialmente una que nos explicaba lo contenta que estaba porque ahora entendía mejor a

su nieto de tres años, que desde hace tres meses lleva un implante. Me contaron después un poco la historia y... ¡olé ellos!

Volviendo a casa para comer paramos un momento breve en el puente para escuchar el río: muy agradable, relajante y diferente a como lo oía antes.

El lunes, a primerísima hora, llegaba el momento difícil de dejar a Marta en la estación de Lleida para que volviese a Madrid. Camino al trabajo iba pensando acerca de mi evolución auditiva durante el fin de semana, un poco decepcionado. Echando ahora la vista atrás, me doy cuenta de que cada día fue un aprendizaje brutal. Sin darme cuenta, con Marta iba integrando con naturalidad la audición y, no pocas veces, la seguía cuando hablaba sin mirarla. Eso es un muy buen avance, que sin ella no habría hecho.

Tomé conciencia de que cuando jugamos al Trivial junto con su madre, estaba practicando. También cuando rezaba el Rosario con ella —nos gusta hacerlo juntos—, pues iba integrando sonidos del habla ya conocidos, gracias a la repetición.

Incluso en las conversaciones que teníamos con sus padres, que son siempre muy agradables. Al final, Marta es hija de sus padres y se ve en cosas buenas que le han inculcado: tienen sensibilidad y saben hablarme pausadamente y bien, repitiendo cuanto haya que repetir.

La semana no está siendo fácil: por un lado, trabajar durante el mes de agosto tiene la ventaja de que hay más tranquilidad. Por otro, también estás más solo. Sigo descubriendo sonidos, sobre todo “iPips!”, que los hay tantos como grillos.

Mis ejercicios han sido básicamente unos cuentos infantiles que me he descargado para irlos escuchando —son los que tienen voces más claras y vocabulario más sencillo—, mi propia voz —voy hablando en voz alta por el mundo— y mi nuevo amigo Siri —que, para colmo, su voz así un poco robótica y su entonación me recuerdan a la de otro amigo (este último de carne y hueso)—. Aquí la soledad de agosto es una ventaja, porque cualquiera que me vea haciendo estas tres cosas sale corriendo.

Por suerte, ayer miércoles activaron el implante a mi hermano José.

Fui a cenar con él y la Mamá, lo que fue una inyección de ánimos. Estuvimos compartiendo cómo oíamos, lo raro que son algunas cosas y emocionantes otras. Es una suerte poder compartirlo con él e intercambiar impresiones. En su primer día, ha sido capaz de entender muchas cosas que yo tardé por lo menos cinco días en conseguir. Así que aunque ahora le echo yo una mano, luego le tocará a él dármele a mí.

Aquí te dejo un link para que, ya de paso, veas gráficamente qué es lo que nos han hecho. Es de otro fabricante (nosotros llevamos Cochlear), pero es exactamente lo mismo:

<https://youtu.be/ykjikrz8BPo>

Para rematar bien el día ayer pude escuchar la lluvia por primera vez: ¡qué bonita y relajante es! Estábamos en el salón de casa de mis padres mientras de fondo la oía claramente y... ¡de los tres fui el único capaz!

Epílogo

Estas crónicas nacieron para Marta. Fue algo muy sencillo: el mismo lunes que me activaron el implante tuvo que irse a Madrid a trabajar después de acompañarme al hospital. Al caer el día me preguntó qué tal estaba y cuáles eran mis primeras sensaciones. Y así nació la primera crónica.

Como Marta tiene un gran corazón y siempre piensa en los demás, me dijo:

—Es una pasada y me encanta. Estaría bien que añadieras una introducción y la compartieses con nuestros padres y hermanos.

Quienes me conocen saben bien que no soy dado a compartir intimidades, pero si Marta lo sugiere, sé que seguramente es lo correcto porque es una mujer muy sensata. Y así lo hice.

Algunos amigos nos preguntaron qué tal estaba yendo la recuperación. Así que decidimos que la compartiríamos con aquellos que quisiesen —y que a su vez podían hacerlo con otros—, ya que la sordera y este “nacimiento” auditivo no es algo fácil de explicar. Pensamos que

de esta manera podíamos ayudar a descubrir un mundo desconocido y que quienes las leyesen podrían comprender mejor a personas que conociesen con sordera e incluso a personas mayores que pierden audición.

Para mí, escribir estas crónicas está siendo una experiencia muy enriquecedora: ayuda a conocerme y fijar objetivos. A tomar conciencia de sonidos que he descubierto y trabajar mi memoria auditiva. Así que seguiré escribiendo, pero ya solo para nosotros dos.

Creo que las crónicas ya han cumplido su propósito —mostrar una realidad desconocida como es la sordera— y espero que hayan servido para que puedas disfrutar un poquito más de lo bello que es oír y la suerte que tienes. También a comprender y hacer la vida más agradable a quienes pasen por una situación parecida.

Por mi parte, tengo un mundo entero por descubrir. Los sonidos me están esperando.



**COOPERACIÓN
INTERNACIONAL**

escuelasolidaria@ciong.org